

AMOROSA

Cuando la noche llega, ensueño mío,
Miro, como visión blanca en la sombra,
Vagar, de la llanura por la alfombra,
Tu veste nívea entre el ramaje umbrío.

Del césped, de los árboles, del río,
Se alza un acento que aquí te nombra,
Y el conturbado espíritu se asombra
De tu eterno y creciente poderío.

Todo va á su destino: el ave al viento,
Al Hacedor el *Angelus* sonoro,
Y á tí, mi enamorado pensamiento!

Y mientras te amo en mi ferviente rito,
Enciéndense las lámparas de oro
En el palacio azul del infinito!

ADALBERTO A. ESTEVA.

EL BRINDIS DEL BARDO

A JUAN DE DIOS PEÑA.

«¡Que brinde el trovador! —dijeron todos—
¡Que cante la caída de las bellas!»
Y apagaron sus gritos de beodos
Al rumor de los vasos y botellas.

¡Y el poeta brindó! Con débil mano
Alzó una copa, pálido y erguido,
Y su voz como cántico lejano
Sonó lúgubremente en el oído.

«Gusto os daré, exclamó. Si es un espectro
De otra edad la figura de Julieta,
Debe el poeta transformar su plectro
Como el histrión que cambia de careta.

Si avara cubre á la postrer María
La tierra de la pampa americana,
Brindemos por las flores de la orgía
Que marchita el fulgor de la mañana.

¡Amar.....! ¿y para qué? Muere la idea
Y triunfa y vive la terrena forma;
Los tiempos son de Aspasia y de Frinea,
No son los tiempos de Lucrecia y Norma.

Si todo es fango, vanidad, mentira,
Si todo es nada en el mundano suelo,
¿Por qué pedir purezas á la lira,
Amor á la mujer y Dios al cielo?

Tenéis razón. El desengaño crece
Y no hay descanso en la batalla ruda:
El ángel de la fe desaparece,
Sólo queda el demonio de la duda.

Brindo porque rios halle la mañana
Cuando asistamos á nocturna cita,
Oyendo, como Fausto, en la ventana,
Serenatas del diablo á Margarita!»

Y el poeta calló. Mientras sonaba
El frénético aplauso de la gente,
Una visión blanquísima cruzaba
El negro Tiberiades de su mente.

Y al recordar la insólita ventura
De su primer amor, dulce y sencilla,
Una lágrima llena de ternura
Resbaló por su pálida mejilla!

ADALBERTO A. ESTEVA.

AISLAMIENTO

A EMILIO GARCIA FAJARDO.

Dulcísimos afectos que al abrigo
Brotásteis de mi pecho, yo no igualo
El placer que me dais, con el regalo
Que el mundo astuto me brindó enemigo.

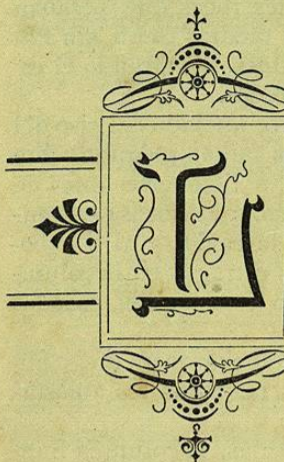
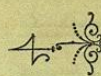
Ya más, no del liviano ser testigo
Quiero: ya gozo en mí; lejos del malo
Que complaciente ríe cuando exhalo
Largo suspiro ó mi pasión le digo.

Castos afectos, vuestro suave aroma
Guarde secreto hechizo que reviva
Mi alma, que en lo ideal sus fuerzas toma;

Y si os envío al Bien que me cautiva,
Tornad, como la cándida paloma,
Trayendo el ramo de viviente oliva.

(Cop.)

IGNACIO ANCONA HORRUYTINER.



LA BOCA DEL ABRA

ESCENAS DE LA VIDA MILITAR EN MEXICO.

EN el antiguo camino que conduce de San Luis á Tampico, se encuentra un lugar accidentado y pintoresco, que lleva por nombre *La Boca del Abra*. Ese punto es una especie de largo cañón, abierto por la naturaleza en la Sierra llamada de *Tanchipa*.

La Boca del Abra está separada del Puerto de Tampico por una llanura que mide como cuarenta leguas de anchura y cuya longitud es casi igual á la del Estado de Tamaulipas; esa llanura, antes ocupada por el mar, está hoy cubierta de pequeños bosques y grandes pastales, pertenecientes á los pueblos y haciendas de aquella región. La ganadería es allí el principal ramo de riqueza.

La cordillera de montañas que limita la llanura y con la cual principia la Sierra, está en una cierta extensión llena de grandes oquedades, también habitadas antes por el mar. El número de cuevas es desconocido, lo mismo que su extensión; en ellas se halla gran cantidad de tierra favorable á la extracción del nitro, y en las paredes se encuentran conchas incrustadas. La falda de la Sierra está cubierta por bosques de todo género de maderas preciosas.

Un hachazo gigantesco parece haber dividido en el punto llamado *La Boca del Abra*, uno de los ramales de la Sierra, formando la cañada de ese nombre; cañada no es la palabra propia; es más bien un cañón angosto, largo, encerrado entre dos paredes casi verticales, cubiertas por espesa vegetación y las cuales medirán dos centenares de metros de altura: la parte inferior mide unas diez varas de anchura y su longitud será como de una legua; la parte superior de los dos muros de rocas que lo forman, está como bordada por trozos de roca enormes, que en algunos puntos se sostienen sobre el abismo abierto entre la montaña, por maravilloso equilibrio; algunos han rodado al fondo de la especie de barranco, del cual nos ocupamos, volviendo más dificultoso su tránsito para los viajeros. En uno de los costados se encuentra una

gran oquedad, semi-oculta por la vegetación, que lleva el mismo nombre. *La Boca del Abra* es un punto tradicional desde la guerra de nuestra independencia, por las heroicas defensas que de él hicieron repetidas veces los insurgentes.

La temperatura es allí elevada, la atmósfera densa; el cielo está siempre como opacado por el calor y la vegetación se desarrolla con todo el lujo con que lo hace en la zona tropical. Como á una legua de *La Boca del Abra*, se halla situado un pueblecillo llamado *Quintero* y por el lado opuesto, otro llamado *El Lagarto*. Esta es la situación topográfica brevemente trazada; ahora narraremos con la misma brevedad, un episodio que se verificó en el punto descrito, durante la guerra de la intervención francesa en nuestro país.

* * *

La división ó brigada, pues no sabemos bien lo que era, del General Douay, marchaba de San Luis á Tampico, con objeto de establecer en ese puerto su cuartel general y ocupar militarmente el Estado de Tamaulipas. En las poblaciones del Estado de Potosí que encontró en su tránsito, fué dejando pequeños destacamentos, y otro tanto proponíase hacer con las principales de Tamaulipas; nuestras guerrillas, y algunas más, formadas por rancheros, internábanse en las sierras, hostilizando á su paso la columna, fuerte de cuatro mil hombres; diariamente repetíanse las escaramuzas, con mayores pérdidas para los franceses que para nosotros.

Había entonces en la parte Sur del Estado de Tamaulipas, un pobre y oscuro guerrillero que se llamaba Juan Bujanos, con grado de comandante en nuestro ejército.

Los atropellos del Coronel Dupin, de infausta memoria para aquel Estado, jefe de las contra-guerrillas en el mismo, lo habían obligado, como á tantos otros, á empuñar las armas para defender

nuestro invadido territorio. Dupin, en una de tantas expediciones, había comenzado por incendiar una rancharía de Bujanos, por fusilar á la madre y por violar á la esposa; iguales hechos obligaron á Méndez, inolvidable también para Tamaulipas, á convertirse de rancharo en soldado. Méndez, en combinación con Bujanos, defendía la parte Sur del Estado; la del Norte dió lugar á otros episodios que tal vez más adelante podrémos narrar.

El comandante Bujanos era un hombre de unos cuarenta años, de estatura mediana, moreno, nervudo, de ojos, pelo, cejas y bigotes negros, vestido de cuero, montaba magníficos caballos y daba pruebas de grande actividad, audacia y valor. Méndez figura en nuestra historia; Bujanos ha quedado obscuro, y sin embargo, ambos eran igualmente patriotas y valientes.

Cuando supieron que la brigada Douay marchaba sobre Tamaulipas, Méndez se encargó de defender el paso de la Sierra, por el camino que conduce de Tula á Tampico, y Bujanos el paso de la *Boca del Abra*. Tula fué ocupada á la vez que la Villa del Valle del Maíz, y de estas dos poblaciones salieron dos columnas, que obrando combinadas, deberían forzar el paso de las gargantas de la Sierra.

Bujanos contaba con unos cien hombres para ponerse al frente de aquella brigada.

Corría entonces el año de 1864. Las águilas francesas se paseaban orgullosas por la mayor parte de la República; las águilas nacionales se ocultaban en nuestras sierras, para en ellas defenderse mejor; cada día era para nosotros un nuevo desengaño, porque cada día también contaba para nosotros una nueva defección y para los invasores un nuevo triunfo. Llevábamos un año de una serie no interrumpida de vergonzosos descalabros y de ignominiosas derrotas. Hoy por fortuna ya no sangran aquellas heridas.

El comandante Bujanos, con sus cien hombres, ocupaba la parte de la mesa de la Sierra de Tonachipa, más inmediata al cañón de *La Boca del Abra*; la brigada Douay haciendo jornadas de cuatro leguas, avanzaba lentamente sobre la cañada. Nuestros rancheros estaban resueltos sencillamente á morir.

Cuando los exploradores de la brigada Douay llegaron á *La Boca del Abra*, es decir, á la abertura de las montañas que tiene ese nombre, Bujanos los dejó pasar sin oponer resistencia alguna; y ellos, sin sospechar la presencia de nuestras tropas, se internaron en el angosto y largo cañón, cuya parte superior ocupábamos.

La brigada, dividida en dos gruesas columnas, marchaba tranquila, simétrica, regular, como podría marchar en una gran parada; los oficiales franceses admiraban la hermosura del paisaje, á la vez que procuraban conservar el mejor orden de marcha.

El sol había recorrido la cuarta parte de su gigantesca curva cuando empezó la defensa.

La primera columna llegaba á la mitad, poco más ó menos del largo y hondo cañón y á su parte más angosta, cuando los guerrilleros de Bujanos comenzaron á hacer caer sobre ella una verdadera lluvia de grandes pedruzcos, proyectiles

colocados allí por la naturaleza para nuestra defensa.

Monolitos de algunos metros cúbicos eran lanzados por nuestros soldados sobre los que formaban la columna. Unas vastas palancas movidas por cuatro ó cinco hombres, bastaban para lanzar desde aquella altura grandes rocas que pesaban centenares de arrobas. Las piedras caían sin hacer ruido, siniestras y terribles, sembrando el espanto y la muerte á su derredor.

El declive fuertemente pronunciado del piso del cañón, hacía que las piedras fuesen rodando sobre sí mismas y que no pudieran detenerse antes de doscientos ó trescientos metros; las rocas desprendidas adquirían fuerza por la caída, y al ir rebotando, causaban espantosos estragos en la columna, en la cual se introdujo el desorden pasados unos cuantos minutos.

Los soldados franceses comenzaron un fuego nutrido de fusilería, mientras las rocas los aplastaban.

Durante una hora, ó poco más, la columna francesa se batió intrépidamente, tratando de avanzar. Algunos de nuestros soldados heridos por las balas francesas, caían del borde superior sobre el fondo del barranco é iban como las piedras, rebotando sobre las asperezas de las rocas. Aquellos eran proyectiles humanos.

Al medio día la columna, que había hecho alto, se vió obligada á contramarchar, acampando á la entrada del cañón, mientras nuestros soldados, ebrios por el triunfo de haber hecho retroceder cien á tres mil, seguían ocupando las mismas posiciones.

* * *

Durante la tarde del mismo día, trataron de asaltar la mesa de la Sierra; pero esto era imposible y renunciaron pronto á encontrar otro paso. Al anoecer, las fogatas anunciaban las respectivas posiciones.

No se habían recogido los heridos; escuchábanse quejas que subían del fondo del barranco, mezcladas con rugidos: las fieras recogían el botín de la batalla. Los árboles confundían sus perfiles con las sombras y en el cielo densas nubes opacaban el fulgor de las estrellas. Débiles relámpagos iluminaban á veces hasta el fondo de la cañada, en el cual los heridos se defendían de los jaguares americanos, pero lo instantáneo de su luz no permitía apreciar detalles que probablemente han de haber sido horriblos; por los horizontes se mezclaban las sombras, los mantos oscuros de las montañas y las nubes, más oscuras aún de la atmósfera, en una sola masa negra. En aquella noche los astros estaban reemplazados por las fogatas militares.

Como al mediar la noche, los rugidos de las fieras cesaron y en nuestro campamento se introdujo la alarma, nuestros leones guardaban el paso del barranco y cuando se retiraban á la selva, era porque la columna avanzaba. Douay, queriendo evitar aquella horrible carnicería, trataba de pasar protegido por las sombras de la noche. Las fogatas seguían brillando para engañarnos y la co-

lumna se había puesto en marcha. Las fieras habían dado el alerta. La columna, con igual orden que en la mañana, se movía silenciosamente, avanzando por el mismo camino. La artillería y los furgones no causaban ruido alguno, los soldados no hablaban, parecía una procesión de fantasmas.

El comandante Bujanos dió orden de incendiar el monte y proseguir la defensa.

Los tizones de las fogatas comunicaron el fuego á los pastales de las laderas y á algunos árboles, y minutos después veíase á la columna francesa aprovechar aquella luz para romper sus fuegos sobre nuestros soldados.

Las piedras gigantes comenzaron nuevamente á caer y á despedazar la columna.

La garganta de la Sierra estaba perfectamente iluminada y durante algún tiempo pudo observarse á la columna Douay avanzar con perfecto orden tratando de conquistar el paso. Los peñascos arrancados de su centro de gravedad por las palancas de nuestros soldados llovían sobre el fondo del barranco. Los soldados franceses caían aplastados como por bombas de á placa. A las dos ó tres horas de aquel combate la columna francesa se replegaba en desorden á su campamento, por segunda vez, dejando el piso de *La Boca del Abra* cubierto de cadáveres y de heridos espantosamente mutilados.

Nuestros soldados ocupaban sus posiciones, esperaban que al amanecer oírían el toque de parlamento.

El toque de parlamento fué el fuego del cañón.

* * *

Durante la noche los franceses habían colocado en posición las piezas y aprovechando la luz de nuestras fogatas, habían fijado sus punterías. Cuando el sol se levantaba sobre el horizonte formado por montañas, las granadas caían sobre nuestros soldados, envolviéndolos entre nubecillas de humo. El fuego del cañón imitaba una salva de artillería que se ejecutase en una plaza. Las granadas caían en nuestras posiciones con matemática precisión y regularidad. Los soldados se ocultaban entre los árboles ó bajo los peñascos; pero sin desalentarse, y replicaban al fuego de cañón con fuego de fusilería hecho sobre los artilleros. La mayor parte de ellos eran buenos tiradores, habían antes cazado fieras y por el momento cazaban hombres.

Los franceses no economizaban sus municiones y las granadas llovían incensantemente sobre nosotros, tratando de hacernos desalojar, pues estaban convencidos que de otro modo el paso era imposible; pero las granadas causaban poco efecto, resguardados y fortificados como lo estábamos por la naturaleza. Los peñascos y los árboles no eran combatientes pero eran defensores, supuesto que nos resguardaban; despues volverían á transformarse en mortíferos proyectiles.

Por tercera vez, y protegida por el fuego de cañón, la columna francesa se lanzó á paso veloz por la garganta de la Sierra. Las granadas francesas coronaban la frente de nuestras vírgenes montañas.

Nuestros soldados volvieron con igual bravura al combate: nuestras piedras arrancadas de sus alveolos rodaban al precipicio y arrastraban de los flancos de las montañas otras más gruesas y de mayor peso: los árboles eran trozados como débiles varas, oíase rugir á la madera despedazada, como se oían también los ayes de los heridos y los gritos de los combatientes; la columna francesa hacía fuego por mitades y avanzaba á paso de carga produciendo confusos rumores; sobre todos aquellos ruidos, y dominándolos, oíase tronar el cañón y el estampido incesante de las granadas.

La mañana estaba clara, luminosa, apacible y serena: no había más nube que empañase el azul de los cielos que la nubecilla formada por el humo de la batalla y por el humo del incendio, que se había propagado á los pastales de la llanura: el sol iluminaba el magnífico panorama que se extendía ante nuestros ojos hasta la orilla del mar; algunas águilas en busca de las presas que les suministraría el incendio, volaban sobre nuestras cabezas, trazando inmensos círculos; y en el fondo del barranco, los franceses caían aplastados por aquel gigantesco desgajamiento de la montaña.

La columna, compacta unas veces y otras desordenada, proseguía avanzando con grandes pérdidas; nuestros soldados multiplicábanse, multiplicando también los proyectiles; y la explosión de las granadas no cesaba un instante sobre nuestras cabezas. Así se luchó la mañana; y al medio día, la columna francesa que varias veces había logrado contener el desorden de sus filas y rehacerse, se vió obligada á replegarse sobre sí misma y por tercera vez á retroceder.

Una hora después el clarín francés tocaba parlamento para recoger sus heridos.

A la mañana siguiente nuestros clarines tocaban la diana del triunfo.

Los primeros y alegres rayos del sol alumbraban á la columna francesa en retirada. Era el mismo sol de Mayo que ya otra vez había iluminado nuestra victoria.

Las águilas francesas retrocedían ante las águilas nacionales, que orgullosamente se enseñoreaban de la montaña.

A pesar de eso Tamaulipas fué invadido: los mil hombres de la brigada Douay lanzados de Tula sobre el camino de Tampico, habían forzado el paso de otras gargantas de la Sierra; y Méndez, incorporándose á Bujanos, continuó la defensa del Sur del Estado.

Igual al episodio verificado en *La Boca del Abra* hubo otros en distintos puntos del país. Esto lo oímos contar á uno de los más oscuros soldados de la República.

P. C.

